



# MISCELANEA APOCRIFA

(APUNTES Y RECUERDOS  
DE JUAN DE MAIRENA)

SOBRE LA GUERRA

*Si vis pacem para bellum*, dice un consejo latino algo superfluo, porque el hombre es por naturaleza peleón y para guerrear está siempre más o menos *paratus*. De todos modos, el latín proverbial sólo conduce, como tantos otros latines, a un callejón de difícil salida: en este caso, a la carrera de los armamentos, cuya meta es la guerra.

Más discreto sería inducir a los pueblos a preparar la paz, a aperebirse para ella y, antes que nada, a quererla, usando de sentencias menos paradójicas. Por ejemplo: *si quieres la paz, procura que tus enemigos no quieran la guerra*; dicho de otro modo: *procura no tener enemigos*, o lo que es igual: *procura tratar a tus vecinos con amor y justicia*. Bien comprendo que esto nos llevaría, en última instancia, a sacar el Cristo a relucir, lo cual, después de Nietzsche, es cosa de mal gusto, propia de sacristanes y de filisteos, en opinión de muchos sabihondos que no han advertido todavía cómo los filisteos y los sacristanes no

suelen sacar el Cristo en función amorosa, sino para bendecir los cañones, las bombas incendiarias, y hasta los gases homicidas. Comprendo también que las sentencias más discretas y mejor intencionadas pudieran no llevarnos inevitablemente a la paz. Pero, ¿qué sabemos de una sociedad cristiana, con menos latín—el latín es uno de los grandes enemigos del Cristo—y más sentido común que la nuestra?

\*

#### DEL CRISTO

Acaso tenga alguna razón el Gran Inquisidor de Dostoyevsky. Creo sin embargo que, contra el hábito de curar con lo semejante propio de nuestra ética pagana ha de darnos el Cristo todavía algunas útiles lecciones alopáticas. Y el Cristo volverá—creo yo—cuando le hayamos perdido totalmente el respeto; porque su humor y su estilo vital se avienen mal con la solemnidad del culto. Cierto que el Cristo se dejaba adorar, pero en el fondo le hacía poca gracia. Le estorbaba la divinidad—por eso quiso nacer y vivir entre los hombres—y si vuelve, no debemos recordársela. Tampoco hemos de recordarle la Cruz... Aquello debió ser algo horrible, en efecto. Pero, ¡tantos siglos de crucifixión!... El quiso morir, sin duda, de una manera impresionante, pero, ¡no tanto! Volverá el Cristo a nacer entre nosotros, los escépticos, que guardamos todavía un rescaldo de buena fe. Todo lo demás, es ceniza: no sirve ya para la nueva hoguera.

\*

#### LOS DIRIGENTES

Siempre será peligroso encaramar en los puestos directivos a hombres de talento mediano, por mucha que sea su buena

voluntad, porque, a pesar de ella—digámoslo con perdón de Kant—la moral de estos hombres es también mediana.

A última hora, ellos traicionan siempre la causa que pretendían servir, se revuelven airadamente contra ella. Propio es de hombres de cabezas medianas el embestir contra todo aquello que no les *cabe en la cabeza*. A todos nos conviene, amigos queridos, que nuestros dirigentes sean siempre los más inteligentes y los más sabios.

\*

#### APUNTES SOBRE ABEL MARTÍN

Siento—decía mi maestro—que mi vida es ya como una melodía que va tocando a su fin. Esto de comparar una vida con una melodía—comenta Mairena—no está mal. Porque la vida se nos da en el tiempo, como la música, y porque es condición de toda melodía el que ha de acabarse, aunque luego —la melodía, no la vida—pueda repetirse. No hay trozo melódico que no esté virtualmente acabado y complicado ya con el recuerdo. Y este constante acabar que no se acaba es—mientras dura—el mayor encanto de la música, aunque no esté exento de inquietud. Pero el encanto de la música es para quien la escucha—páguela quien la oyere, decía Quevedo, aludiendo a la de su entierro—con un deleite que no excluye el deseo de sentirla acabada, aunque sólo sea para aplaudir; mas el encanto de la vida, el de esta melodía que se oye a sí misma—si alguno tiene—ha de ser para quien la vive, y su encanto melódico, que es el de su acabamiento, se complica con el terror a la mudez.

## LA IMAGEN EMOTIVA

De todas las mujeres que conocemos hay una que pudiera pasar a nuestro lado en pleno día sin que la reconozcamos, y no por inadvertida, sino por enmascarada en su propia realidad. Y es posible que sea esa mujer aquella de que estábamos profundamente enamorados. También es posible que temblemos, un día, pensando: es ella, al ver una mujer que se acerca a nosotros. Y que luego resulte que no es ella. Y es que la imagen que formamos de una mujer amada y, en general, de los seres queridos, la imagen esencialmente emotiva, sentimental, suele ser muy pobre en rasgos fisionómicos. Esta imagen, sin embargo, insuficiente para el reconocimiento, puede adueñarse de nuestra memoria y modificar nuestro mundo interior. Mi maestro, cuyas son las palabras que anteceden, añadía que los verdaderos amantes se huyen tanto como se buscan; porque la presencia pone entre ellos un algo irreducible a la imagen erótica, y la ausencia, en cambio, puede reforzar esta imagen con todo el bloque psíquico influenciado por ella.

## OTRA VEZ SOBRE EL CRISTO

Cierto, decía mi maestro, que si el Cristo no hubiera muerto entre nosotros, la divinidad no tendría la experiencia humana que se propuso realizar y sabría del hombre tan poco como los dioses paganos. La muerte del Cristo, seguida de su Resurrección, fué comentada por los dioses del Olimpo como por los sabios, más tarde, aquella ocurrencia entre genial y cazorra *del huevo de Colón*. Ellos, los dioses, tan diestros en toda suerte de transformaciones y disfraces, no habían caído

en que también podía morir un inmortal... resucitando al tercer día.

•

## SOBRE LA OBJETIVIDAD

Que ese cielo azul que todos vemos—decía mi maestro— y al que todos llamamos azul produzca en cada uno de nosotros la misma sensación de azul, es algo improbable, y, desde luego, difícil de probar: Que el número de vibraciones del éter, que en el mundo físico corresponde a nuestra sensación de azul, sea el mismo para todos, es algo que, después de aceptado, en nada ahonda ni aumenta, ni disminuye, ni funda, ni suprime nuestra sensación de azul. Porque si la verdad es una, es una para cada uno. Y no veáis en esto que os digo la más leve contradicción. Vedla, en cambio, y muy grave, en pensar más allá de cada uno una verdad igual para todos; porque sería la más arbitraria de todas las hipótesis.

Dicho de otro modo: sólo la Nada, el gran regalo de la Divinidad, puede ser igual para todos. En su dominio empieza y en él se consuma, el acuerdo posible entre los hombres que llamamos objetividad. En él se inicia también la actividad específicamente humana del sujeto, que es, precisamente, nuestro pensar de la Nada. Digámoslo todavía de otro modo: Dios sacó la Nada del mundo para que nosotros pudiéramos sacar el mundo de la nada, como ya explicamos, o pretendimos explicar, en otra ocasión.

ANTONIO MACHADO.